



Gestión del riesgo en la interfaz urbano-forestal

■ **Gastón Gaete Coddou, Géografo Académico Universidad Playa Ancha**

Los incendios forestales ya no son un problema exclusivo de zonas rurales. En consecuencia, las ciudades que crecen hacia áreas boscosas enfrentan una amenaza creciente que demanda estrategias de gestión integral del riesgo. La interfaz urbano-forestal —ese espacio donde lo construido se encuentra con lo natural— se ha convertido en uno de los territorios más vulnerables del siglo XXI, tal como señala Schug et al. (2023) que advirtieron que *la interfaz global entre zonas silvestres y urbanas representa el nexo de las interacciones humano-naturaleza, donde el riesgo de exposición a peligros naturales como los incendios forestales es más pronunciado*.

Para comprender esta realidad, es fundamental reconocer que el cambio climático ha intensificado tanto la frecuencia como la severidad de los incendios. En este sentido, Calkin et al. (2023) argumentaron provocadoramente que *los desastres de incendios en la interfaz urbano-forestal en realidad no son un problema de incendios forestales*, sino más bien un problema de planificación territorial. La planificación urbana tradicional resulta insuficiente cuando no incorpora variables de riesgo de incendio en sus diseños, permitiendo que las comunidades se establezcan en zonas de alto peligro sin las protecciones adecuadas.

Por otra parte, la gestión efectiva del riesgo requiere un enfoque multidimensional que integre prevención, preparación y respuesta. Gonzalez-Mathiesen y March (2024) documentaron cómo en zonas de interfaz urbano-rural expuestas a incendios forestales es esencial que la planificación territorial se

adapte para incorporar medidas preventivas específicas. Las comunidades en estas zonas necesitan implementar medidas como la creación de espacios defendibles alrededor de las viviendas, la gestión de vegetación combustible y el uso de materiales resistentes al fuego en las construcciones. Sin embargo, investigaciones recientes de Naser y Kodur (2025) indicaron que estas acciones técnicas por sí solas son insuficientes: se requiere acción coordinada a escala comunitaria para maximizar su efectividad.

De hecho, la participación comunitaria constituye un pilar esencial en la reducción del riesgo. Thapa et al. (2023) aseguraron que las percepciones de riesgo de los residentes influyen significativamente en sus conductas de mitigación. Los programas de concientización ciudadana, las evacuaciones planificadas y los sistemas de alerta temprana, solo funcionan cuando existe una cultura del riesgo arraigada en la población. A pesar de ello, muchas comunidades continúan desarrollándose en zonas de alto peligro sin la preparación adecuada, perpetuando un ciclo de vulnerabilidad.

Asimismo, el ordenamiento territorial emerge como herramienta preventiva fundamental. La investigación de Murray et al. (2023) subrayaron que *seleccionar las mejores áreas para la mitigación del riesgo de incendios forestales dentro de la interfaz urbano-forestal representa un desafío considerable entre múltiples consideraciones*. Restringir el desarrollo urbano en áreas de alta susceptibilidad, mantener corredores verdes estratégicos y planificar vías de evacuación no son medidas opciona-

les sino necesidades impostergables. No obstante, la presión inmobiliaria y la falta de regulación efectiva continúan permitiendo la expansión urbana hacia zonas críticas.

Además, la evidencia científica reciente demuestra que factores aparentemente secundarios tienen impactos cruciales. Una investigación innovadora sobre los incendios históricos de diversos piroeventos reveló que *el espacioamiento entre estructuras es un factor crítico que influye en el riesgo de incendio* (Nature Communications, 2025), sugiriendo que la configuración espacial de las viviendas puede ser tan importante como las características individuales de cada estructura. Este hallazgo desafía supuestos convencionales sobre mitigación.

En última instancia, la gestión del riesgo de incendios forestales en contextos urbanos exige un cambio paradigmático: pasar de la respuesta reactiva a la prevención proactiva. Por lo tanto, es imperativo que autoridades, planificadores urbanos y comunidades trabajen colaborativamente en la construcción de ciudades resilientes que convivan inteligentemente con su entorno natural. Como señalan Guo et al. (2024) en su análisis global publicado en Science Advances, la expansión de la interfaz urbano-forestal *intensifica la exposición humana al riesgo de incendios forestales*, haciendo urgente la implementación de estrategias integradas que reconozcan que vivir con el fuego no significa rendirse ante él, sino aprender a coexistir con inteligencia, preparación y respeto por las dinámicas naturales que gobiernan nuestros territorios.